



Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribucionesc@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Representación histórica de un proyecto fallido

Tapia Segura, Carlos

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Representación histórica de un proyecto fallido

Contribuciones desde Coatepec, núm. 34, 2021

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28164959003>

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Representación histórica de un proyecto fallido

The "Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco". Historical representation of a failed project

Carlos Tapia Segura

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey,

México

carlostopias@comunidad.unam.mx

Redalyc: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28164959003>

Recepción: 08 Enero 2020

Aprobación: 22 Febrero 2020

RESUMEN:

Este artículo se ocupa de la historiografía de la fundación del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, proyecto que fracasó en sus principales aspiraciones, y que ha sido objeto de distintas discusiones entre historiadores. El recorrido historiográfico que se propone parte de los trabajos de García Icazbalceta, desde mediados de la centuria pasada, hasta escritos de este siglo XXI. Estos últimos son polémicos e instan a la formulación de nuevas interpretaciones, desde diferentes perspectivas, como la historia de la educación en México colonial o a la historia de la educación superior. La intención es, a partir de diversas fuentes, ofrecer un tratamiento justo a un proyecto educativo (vanguardista para su época), desde su sentido histórico actual, pero estableciendo puentes necesarios que lo vinculen con otras esferas de la historia de México.

PALABRAS CLAVE: Tlatelolco, Colegio de la Santa Cruz, Historia de la educación en México, Historia colonial, Historia de las ideas.

ABSTRACT:

This article focuses on the historical representation raised in some historians by the foundation of the Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco as a project that failed in its main aspirations. It attends to the more or less recent and representative historiography inaugurated by the opinions of García Icazbalceta from the middle of the last century, to works of this 21st century, which, from its reading, keep the controversy open and urge, to in turn, to the elaboration of new interpretations from very varied perspectives, extrapolated to the history of education in colonial Mexico, the history of higher education, taken in its most general sense. The intention is, therefore, to depict the previous opinions to offer a fairer treatment to an avant-garde educational project for its time, looking at it from its current historical significance and establishing the necessary bridges that link it with other spheres of the history of Mexico.

KEYWORDS: Tlatelolco, College of the Holy Cross of Tlatelolco, History of education in Mexico, History of Colonial Mexico, History of ideas..

INTRODUCCIÓN

El edificio que hoy puede verse al lado de la Plaza de las Tres Culturas, junto a la Iglesia de Santiago de Tlatelolco, albergó hace algunos cientos de años al recinto que sintetizó en muchos aspectos el proyecto educativo franciscano, planeado como corolario a la conquista militar recién lograda. La existencia del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco no pasó inadvertida a la mirada de los historiadores; por ello, la tesis que se mantiene es que en sus opiniones se formó una representación que ha perdurado hasta la actualidad. Si bien esa representación histórica está marcada por la idea de fracaso, la opinión aquí presentada al respecto es que varias de sus reflexiones dan material para pensar que el proyecto fallido de Tlatelolco encuentra cauces que, después de una cuidadosa ponderación, lo llevan a ser considerado como un acontecimiento tan importante como la creación de la Real Universidad Pontificia, cuya deudora actual, la Universidad Nacional Autónoma de México, se erige como el centro de educación superior más importante en el país.

Para conocer la representación histórica del Colegio de Tlatelolco, es preciso acudir a la historiografía que existe al respecto, pues ella ha ofrecido, desde mediados del siglo xx, y hasta hoy en día, una tradición interpretativa importante que aquí se dará a conocer en sus aspectos sumarios. Es precisamente esta tradición contemporánea la que propuso que el Colegio había fracasado en sentido estricto, pero también sugirió que una perspectiva que privilegiara el sentido estricto no era la única valedera para someter a juicio los efectos palpables de la existencia del proyecto educativo de Tlatelolco. Así, los historiadores consultados exploran una mayor cantidad de acercamientos al proyecto fallido y le van restando su carácter de fracaso. Todos ellos lo habrán de hacer desde su propio presente, pero compartiendo un mismo pasado: los primeros cuatro años de existencia del Colegio.

Para alcanzar los propósitos planteados, primero se explorarán opiniones sobre la fundación del Colegio y los principales logros que se proponía alcanzar, su relación con su predecesor, el Colegio de San Juan de los Naturales y el protagonismo del obispo Zumárraga, así como la de la orden franciscana de la cual este provenía. Posteriormente, con base en las opiniones de los autores, se dará cuenta de los matices que sintetizan los intentos por relativizar el fracaso y orientar la interpretación en favor del hecho de que los mismos objetivos que perseguían los franciscanos eran de tipo religioso y, en consecuencia, su aspiración a una educación superior estaba determinada por este origen. Finalmente, los historiadores *darán voz* a las condiciones reales de que un proyecto de este tipo tuviera éxito en aquella época, lo que servirá a este artículo para establecer el puente entre la representación histórica narrada y la interpretación propia sobre el hecho en sí del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco; interpretación que tendrá en cuenta que se realiza desde un presente distinto a aquellos desde los cuales se formó la representación comentada, y también será consciente de que se refieren todos a un mismo acontecimiento del pasado, aunque probablemente un pasado visto de maneras muy distintas.

Este desarrollo interpretativo toma a los historiadores como los principales generadores de la naturaleza de la representación que se ha mencionado, pero también les reconoce la voluntad de matizar lo que, de no haberlo hecho, habría sido confinado como un fallo a secas. Es así como se propone que estos antecedentes historiográficos conducen, con justicia, hacia una nueva interpretación realizada desde un presente distinto, con necesidades y características no siempre compartidas por los historiadores estudiados. Preocupaciones actuales habrán de vincular el significado del Colegio en la historiografía con la interpretación de los éxitos y fracasos de la educación superior en México, y de los distintos fragmentos de población en ella involucrados, como los pueblos indígenas, cuestión que parece se remonta a quinientos años atrás bajo cuestionamientos que, aún hoy, se presentan sorprendentemente parecidos.

LA FUNDACIÓN

Los antecedentes inmediatos de la fundación del Colegio de Tlatelolco se encuentran básicamente en el franciscanismo que lo impulsó como proyecto, y del que señala José Luis Becerra: “En el sistema franciscano distinguimos instituciones de nivel misional, los métodos misionales y la institución de tipo universitario realizada en Tlatelolco” (1963: 66). Por su parte, Antonio Rubial (1996: 157-158) escribe: “El colegio de Tlatelolco fue una de las materializaciones del gran afán franciscano por lograr el engrandecimiento de la cristiandad indiana y de la iglesia novohispana para encaminar a las almas de los indios a su salvación eterna por medio del ejemplo de sus dirigentes”.

Pilar Gonzalbo (1990:111) anota, al respecto: “Desde fecha muy temprana, 1525, se plantearon iniciativas para la fundación de un centro de estudios de nivel superior en la ciudad de México. El contador Rodrigo de Albornoz solicitó al emperador que autorizase cursos de gramática, artes y teología para los indios principales, ‘caciques y señores’”.

Como se puede constatar por ambas citas, no se trató de una obra improvisada, antes bien representó la materialización de toda una visión del mundo, emanada de la cosmovisión cristiana y católica de la orden

franciscana, que consistía a grandes rasgos en “incorporar al vencido a la cultura del vencedor elevándolo al mismo nivel de hombre que este” (Kobayashi, 1985: 209). En muchos sentidos puede decirse que se trató de un acto de fe, si bien esta podría bifurcarse en dos componentes: por un lado, la fe en los buenos resultados de un proyecto que nacía de la propia conciencia cristiana y que se proponía replantear el cristianismo y volver a la época prístina de este (Rubial, 1996); y, por otro, la fe en aquellos a quienes iba dirigido primordialmente el proyecto: los indígenas.

El Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco se erige en 1536, pero su representación histórica, a partir de mediados del siglo xx, privilegia el año de 1540 como una especie de significación importante.¹ Dicha significación tiene como protagonista a fray Juan de Zumárraga, quien habría de manifestar su desilusión según lo apuntan distintos historiadores. Es la sensación de Zumárraga la que ha de ser considerada por la historiografía como determinante para ir delineando la representación del fracaso. Así persistió, pues, la imagen de la desilusión del obispo con respecto a los alcances que él esperaba del Colegio de Tlatelolco.²

El objetivo principal del obispo Zumárraga —que pretendía cristalizarse en el colegio, a decir de los historiadores— era la incorporación de la población indígena a la cristiandad, con lo que debe entenderse: hacer que por medio de la educación los indios formasen parte de una comunidad cristiana; visión que, desde luego, era particularmente sostenida por el franciscanismo de la época. La fe franciscana se cifraba en términos de que, al menos los descendientes de la nobleza indiana, eran capaces de lograr su incorporación a la comunidad cristiana, con lo que cobraba ya sentido el proyecto. Se trataba, desde luego, de un acto de fe no compartido de igual modo por dominicos y miembros de otras órdenes contemporáneas. Por ello ha de destacarse el hecho de que se trataba de un proyecto franciscano, dirigido a los descendientes de las principales familias nobles indígenas. Además, la idea educativa aspiraba al nivel superior, con la otra idea subyacente de que el indígena era un hombre en toda la extensión de la palabra y, por tanto, capaz de alcanzar el nivel de comprensión necesario para el buen manejo de la doctrina cristiana.

Sin embargo, la educación en Tlatelolco dejó pronto de aspirar a ser superior para convertirse en una instrucción técnica que, por un lado, se sintetizaba en un adiestramiento mecánico y, por otro, acabó por reducirse a la sentencia de Acosta de que a los indios “es necesario enseñarlos primero a ser hombres y después a ser cristianos” (Kobayashi, 1985: 229). Esto significa que pronto terminó la aspiración de estudios superiores y se impuso la necesidad primordial de una instrucción primaria o de primeras letras y, de cierto modo, así se ponía fin a una discusión que existió desde antes de llevarse a cabo la fundación del colegio.

Desde los principios se había formado un partido contrario a la instrucción superior de los indios, porque muchos decían que enseñarles latín era totalmente inútil para la república, antes podría ser causa de que trayendo entre manos los libros sagrados y los de controversia, cayeran en errores y aun herejías (García, 1947).

Sin embargo, tal como señalan los autores consultados, posteriormente se produjo un proceso gradual que pasó por la enseñanza de la gramática e incluso la medicina, olvidando la filosofía y la teología, disciplinas que implicaban la más alta idea de instrucción de la época. Es importante resaltar el hecho de que los historiadores, al abordar el tema de la fundación, invariablemente retoman el asunto del desarrollo que siguió el Colegio en los años venideros, sobre todo los que siguieron a 1540. El discurso se forma a partir del estado de cosas inaugurado por la concepción franciscana del mundo y sigue por veredas que exploran y la contrastan con las muchas otras que pudieron existir o que existirán después. Además, como se verá a continuación, de modo paralelo a la ejecución de un proyecto emanado de la visión franciscana del mundo, había necesidades pragmáticas que terminaron por *dar luz verde* al pujante intento.

El franciscanismo novohispano de la tercera década del siglo xvi consideró viable el intento de incorporar al indio, recién conquistado y sometido militarmente, a una labor directiva en la consolidación del cristianismo, a través de una organización que lo incluyese y que le permitiera su reproducción. Según García Icazbalceta (1947), el proyecto tenía el antecedente directo de la fundación del Colegio de San José de los Naturales, a cargo del pionero de la educación novohispana, fray Pedro de Gante. Incluso, siguiendo a Becerra (1963: 67),

“El fraile de las grandes ideas fue Pedro de Gante, y mediante sus concepciones se pudo conocer la base para que escalonándose progresivamente la instrucción misional se pudiese llegar a una institución de la categoría de Tlatelolco y poder hablar así de un régimen educativo misional”.

A decir de Pilar Gonzalbo (2013: 26),

la tarea evangelizadora educadora era impostergable, no sólo por el imperativo jurídico-político, sino también porque el bautismo y la instrucción catequística previa a él era requisito indispensable para la incorporación de los indios al sistema de vida impuesto por los conquistadores: las mujeres debían estar bautizadas antes que los españoles las tomaran temporal o definitivamente por compañeras, los trabajadores de las encomiendas tenían la asistencia de la doctrina como una más entre sus obligaciones y los dueños de minas no podían ocupar trabajadores que no hubiesen sido previamente bautizados. El acceso a estos dudosos privilegios no era algo opcional o voluntario sino forzoso e inevitable, como pudieron comprobar los grupos que pretendieron eludirlos mediante la huida y fueron perseguidos y esclavizados como enemigos de la corona.

Más adelante, la misma autora escribe:

Los religiosos establecieron un sistema educativo acorde con aquella realidad; los hijos de los señores debían recibir una educación superior a los rudimentos catequísticos que se extendían a toda la población de macehuals. La legislación sobre la materia recomendaba la misma selección y los frailes la cumplieron en ambos niveles con mayor o menor exactitud (Gonzalbo, 2013: 27).

Esto era un proyecto que encontró, en el barrio de Tlatelolco, el lugar idóneo para ponerse en marcha, pues este se constituía por población predominantemente indígena.³ A decir de García Icazbalceta, el 6 de enero de 1536, luego de pensarlo detenidamente y contar con el entusiasmo del virrey Antonio de Velasco, del obispo Fray Juan de Zumárraga (verdadero fundador del colegio), del presidente de la Real Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal, Jacobo de Testera —quien estaba al frente de la custodia del Santo Evangelio—, del provincial fray García de Cisneros y de otros tantos promotores de la orden de hermanos menores, se fundó el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco⁴ (García, 1947).

Los relatos históricos sobre la fundación del Colegio muestran que los antecedentes que la permitieron, además de favorables por el lado de las autoridades civil y eclesiástica de los españoles, también lo eran desde el punto de vista del aprovechamiento de los propios indios de la enseñanza que los franciscanos, con su amplia experiencia docente, habían inducido. Según Becerra (1963), había tres tipos de instituciones educativas puestas en marcha por los frailes franciscanos en la Nueva España; las cuales son, a saber, el patio, el aposento bajo y la capilla. Cada una de las mencionadas instituciones viene a perfeccionar a la anterior en ese orden. Después de ellas, el colegio de altos estudios viene a concluir el proyecto educativo franciscano. La mencionada capilla de San José de los Naturales, también llamada por algunos autores “colegio”, es el antecedente del Colegio de Tlatelolco, debido a sus buenos resultados y a las excelentes expectativas que a partir de ella se generaron. De modo que el otro elemento favorable era precisamente esa esperanza fundada sobre la buena experiencia que, a decir de los que educaron a los indios antes de proponerse ilustrarlos en los más altos conocimientos, posibilitaba su instrucción superior.

Los objetivos del colegio, antes de ponerse en marcha y poco después de nacer, eran fundamentalmente tres, pero todos ellos pueden sintetizarse en la idea de que fuese una escuela de altos estudios, dirigida fundamentalmente a los indígenas nobles. Kobayashi (1985) señala tres objetivos principales de la fundación del colegio: “Primero, formar elementos seculares poseedores de una fe cristiana firme y arraigada; segundo, preparar agentes de catequismo para instruir a los que no tuviesen acceso al Colegio, propósito que con el tiempo acabaría por ser el de formar sacerdotes indígenas; tercero, proveer de ayudantes e intérpretes a los religiosos no peritos en las lenguas vernáculas” (1985: 211).

Asimismo, es necesario observar que las puertas del colegio no estaban abiertas a todos los indígenas nobles, pues acorde con lo jerarquizado de la sociedad indígena y a las necesidades propias para sostener el buen aprovechamiento de los estudios, eran necesarios procedimientos de selección, seguramente para que los objetivos fuesen debidamente alcanzados. Sobre esto, escribe Robert Ricard (1986: 334):

El Colegio de Tlatelolco no era un instituto educativo abierto para cualquiera, sino reservado para los hijos de la minoría directora indígena. Y aun siendo tales, tenían que satisfacer el requisito de inteligencia despabilada y buenas cualidades humanas para ser admitidos en él. Sus primeros estudiantes fueron examinados y escogidos por el propio Zumárraga de entre los muchachos educados en San Francisco de México y en otras escuelas-monasterio comarcanas.

No obstante, el mismo Ricard señala que en esta selección radica buena parte de las razones por las que el proyecto no prosperó, pues de cierta manera el exclusivismo franciscano dejaba poco margen al error. Los autores coinciden en señalar que el proyecto educativo tenía la intención de colaborar en la construcción de un régimen colonial funcional, en el que los mismos indígenas hicieran el trabajo que hasta entonces realizaban solo los españoles; sin embargo, también coinciden en la opinión de que el exclusivismo que implicaba desarrollar un centro de estudios superiores fue a fin de cuentas demasiado para una sociedad indígena incipiente en los términos en que el español formado (franciscano) entendía que debía ser una sociedad.

Así se narraron los años fundacionales del Colegio de Tlatelolco. Cada pluma que se ha ocupado del tema ha visitado de una u otra manera los aspectos mencionados. La historiografía sobre el Colegio, iniciada por García Icazbalceta, abrevó de las únicas fuentes disponibles: las informaciones de Sahagún, Motolinía y Mendieta. De modo que las fuentes sobre el colegio se reducen casi exclusivamente a lo que estos insignes escritores dejaron plasmado en sus obras. A partir de entonces, tal como lo señalan algunos trabajos, las referencias primarias al colegio dejan al investigador en una considerable penumbra. Robert Ricard menciona como referencias a Alfredo Chavero, Joaquín García Icazbalceta, Tomás Zepeda, Salvador Diego Fernández, así como a él mismo;⁵ sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo xx, la historiografía sobre el Colegio de Tlatelolco incorpora importantes aportaciones como las de José María Kobayashi, Pilar Gonzalbo, Antonio Rubial, Pablo Escalante, Josefina Flores, etcétera, ocupados, directa o indirectamente del colegio.⁶

La opinión general en este último grupo de autores, tal como se ha visto, privilegia mirar la fundación del Colegio a través del crisol de su declive prematuro; es decir, el hecho más notable o sobresaliente es aquel que pone énfasis en la corta duración del proyecto original. Además, los autores convocados coinciden naturalmente en el hecho de que el franciscanismo fue el impulsor del Colegio, porque su visión del mundo así lo exigía. Los primeros años del México colonial requerían de un sistema completo que garantizara la permanencia de los elementos fundamentales de la organización colonial, por lo que la educación superior, al estilo del Colegio de San Juan de los Naturales, era una posibilidad realizable en Tlatelolco.

Matices del fracaso

A partir de los datos obtenidos de la historiografía al respecto, se ha visto que la fundación se relaciona invariablemente con su fracaso del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco. De modo que, con base en la representación del proyecto fallido, es posible encontrar matices que modifican, incluso, el concepto de fracaso y abonan elementos a su favor. A manera de ejemplo, el carácter precursor del proyecto de Tlatelolco era suficientemente importante para relativizar el balance. Se trataba de algo que no había sido ensayado; por más que la referencia al Colegio de San Juan estaba ahí, también era cierto que ambos colegios tenían intenciones distintas. De modo que la exigencia de éxito a un proyecto sin precedentes se vuelve un tanto excesiva. La opinión de los historiadores parece converger en este aspecto. Los matices propuestos aparecen en apoyo de esta revaloración del pasado con ideas educativas no siempre concurrentes durante esa época.

En cuanto a su relación con San José de los Naturales y el trabajo ahí realizado por Pedro de Gante, así como la relación del proyecto de Tlatelolco con otros proyectos similares como el emprendido por Vasco de Quiroga, puede decirse que la pregunta se debe plantear con base en qué tipo de educación se esperaba en cada una de estas instituciones: escuelas de primeras letras, escuelas de oficios o escuelas de estudios superiores. Aunque no lo dicen explícitamente los autores consultados, es fácil intuir que relativizaron el fracaso del

Colegio de Tlatelolco, porque este se propuso más altas miras que los otros proyectos. En contraste, era mucho más fácil esperar que las cosas fueran bien, si los objetivos eran los suficientemente modestos para ello; si solo se esperaba que los indios aprendieran primeras letras y oficios, el éxito no sería difícil de alcanzar, la empresa no arriesgaría tanto al intentarlo.

De hecho, la comparación del Colegio de Tlatelolco con escuelas de objetivos menores, también puede realizarse con aquella otra institución que, algunos años después, se fundara con el objetivo de ofrecer estudios superiores: la Real y Pontificia Universidad de México, en 1553. García Icazbalceta la considera la institución que estableció una competencia que acabó por reducir aún más al colegio; por su parte, Kobayashi la mira como una consecuencia del ensayo de Tlatelolco.

Este último señala al respecto: “Por los años de 1537 y 1538 revoloteaba zumbante la idea de fundar una universidad como corolario lógico del Colegio de Tlatelolco” (Kobayashi, 1985: 224). Luego anota que una de las posibles causas de la ruina del colegio también se refiere a la fundación de la propia Universidad (Kobayashi, 1985). De manera que, desde una interpretación personal compartida con el autor apenas citado, el Colegio de Tlatelolco sirve de precedente a la Universidad y, al mismo tiempo, cuando esta se funda, en 1553, cierra las aspiraciones de aquel que le sirvió de estadio previo, pues suponía una competencia ante la cual no pudo hacer frente. Según García Icazbalceta (1947: 300), “Don Antonio de Mendoza, al solicitar la creación de la Universidad, quería que sirviese para los naturales y los hijos de los españoles. Así es que la necesidad de colegios especiales para los indios era menor cada día”.

La relación con la Universidad es de lo más interesante, sobre todo si se mira la relación de manera causal, es decir, si se supone que la Universidad es consecuencia del ensayo practicado en Tlatelolco. En tal caso, la Universidad es deudora del Colegio y, con ello, el fracaso del Colegio es aún menos importante y hasta necesario, pues de esa relación causal, la Universidad obtiene su razón de ser. Pero, tal como se vio líneas atrás en la opinión de García Icazbalceta, también puede ser que la relación se mire como de competencia, lo que acabaría por precipitar más la caída del Colegio y definir otro tipo de relación causal: la Universidad también se coloca en el escenario como una causa más del declive del proyecto de Tlatelolco en los años posteriores. Además, es importante reiterar que la Universidad no fue pensada con el objetivo de la instrucción exclusiva de los indígenas; al no compartir esta meta, sus destinos se separaron aún más.

Desde luego, la historiografía sobre el Colegio no olvida el hecho de que el proyecto fue pensado para la educación superior de los indígenas; sobre esta base, difícilmente puede decirse que el fracaso sea un concepto que lo denote erróneamente. La evidencia histórica disponible respalda lo fallido del proyecto, y lo hace no solo en aquel pasado lejano, sino en el presente contemporáneo al que pertenecieron (y pertenecen) todos los autores convocados para este análisis. Sin embargo, el hecho histórico innegable no puede ser aislado de modo intransigente; un proyecto fallido como representación histórica es insostenible como parte de un discurso que tome en consideración la múltiple cantidad de aspectos que asisten al escenario de la historia.

Por lo anterior, ninguno de los historiadores consultados admite simplemente que el Colegio de Tlatelolco haya fallado sin más. Todos ellos procuran matizar esa representación del pasado con el fin de permitir que otras perspectivas tuvieran participación en un hecho que, como parte del pasado, no ha de cambiar, pero de la que, no obstante, puede modificarse su valoración. Un modo seguro de generar estos matices fue el de explorar qué posibilidades reales de éxito había.

LAS CONDICIONES DE POSIBILIDAD

Si los matices atenuaban el impacto del fracaso, requerían al mismo tiempo una justificación satisfactoria. En gran medida, esa justificación llegó a partir de la reflexión sobre las características de los indígenas de quienes se esperaba la consecución de los logros del Colegio y también, desde luego, en las características de los impulsores del proyecto: los franciscanos. Si, al cabo de cuatro años, ya egresada la primera generación de estudiantes, el Colegio acabó por incumplir las expectativas originales, la sensación partió del propio

Zumárraga, quien manifestaba su tristeza al decir que los indios formados en él prefirieron la vida laico-matrimonial que el celibato sacerdotal.

Un fundamento que ayuda a comprender el pesar de Zumárraga puede encontrarse en Rubial (1996), quien señala que los elementos franciscanos de la primera mitad del siglo XVI pertenecían a un grupo de frailes superobservantes, lo cual habría seguramente reforzado la opinión de Zumárraga, con ocasión de sus observantísimos informantes, de que los indios eran demasiado frágiles a los bríos sensuales. Escribe el mismo autor:

El rígido ascetismo, los cilicios y penitencias, el mal dormir y el mal comer, la búsqueda de la soledad y el silencio, la oración para obtener el vacío interior donde el alma se uniría a Dios. Esa es la constante que los cronistas franciscanos nos muestran en todas las vidas de los misioneros de Nueva España. Esa fue la imagen que los frailes de los primeros tiempos dieron a los indios (Rubial, 1996: 115).

Una causa más del declive prematuro fue lo que Kobayashi destaca a partir de la relación franciscana de 1570, en la que se dice que los indios se mostraron incapaces de entender y estudiar con diligencia la filosofía y la teología, cursos que iban más allá de la buena gramática.⁷ En términos de individualidad humana, el indígena no pudo cumplir las expectativas del español; ahora bien, el indígena en quien se materializaba la esperanza era aquel que pertenecía a la nobleza local (de la zona cercana a Tlatelolco) y que cumplía con los requerimientos básicos para entrar a una escuela de estudios superiores.

La opinión de los autores —principalmente Rubial (1996) y Kobayashi (1985)— se basa en el sentir de Zumárraga —referido por García Icazbalceta (1947)—, estableciendo así lo que para ellos demostraba que las condiciones de los indios no eran las esperadas por los españoles. Además, al hablar de españoles, hay que decir que se debe considerar que se trata de los ideales franciscanos y no los del español común de la época, ni siquiera del español religioso perteneciente a otra orden que no fuera la de san Francisco de Asís. Es decir, las condiciones de posibilidad de éxito del proyecto del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco dependían de una infinidad de factores que, por un lado, se congregaban en las características de los indígenas que formaron la primera generación de alumnos; por otro lado, el éxito posible también dependía de numerosos factores provenientes de los mismos franciscanos, con posturas muy rígidas e ideas muy firmes sobre lo que son los hombres y cuáles han de ser sus posibilidades. El indígena era un hombre en sentido cabal para el franciscano promedio —lo que no compartían dominicos o agustinos, por ejemplo— y, en consecuencia, tenía las condiciones necesarias para conocer la doctrina cristiana y darle un buen uso. Los estudios superiores vistos a la luz de la época precisaban del buen manejo de la teología y la filosofía, pero además requerían de una conducta muy específica. Al parecer, fue este último aspecto el que más ostensiblemente fue incumplido por la primera generación de alumnos de Tlatelolco.

Los indios no pudieron observar la vida monacal que se esperaba de ellos por los franciscanos, pero de sus capacidades intelectuales apenas puede saberse algo. Zumárraga se lamentó sobre todo porque los indígenas no sintieron vocación alguna por conformar un clero nativo, pero lo que queda en la penumbra es la capacidad intelectual del indio en otros aspectos, que en la actualidad se tomarían más en consideración para hablar de una educación superior.

La historiografía consultada resalta el ejemplo de las obras historiográficas de autores indígenas y mestizos, exalumnos de Tlatelolco, una muestra contundente de que el fracaso de la formación superior del indio no fue total. Tezozómoc, Ixtlilxóchitl o Diego Valadés, presumiblemente exalumnos de Tlatelolco, ilustran tal argumento con su incorporación a la producción intelectual oriunda de la Nueva España.⁸ Incluso puede comprobarse que la obra de Valadés tiene “el mérito de haber sido la primera crónica sobre Nueva España publicada en Europa en latín, la lengua franca de los intelectuales de la época, pues antecedió en la cronología de publicación a las obras de Motolinía, de Sahagún, de Mendieta y de Torquemada” (Kobayashi, 1985: 270).

Lo anterior es importante desde varios ángulos: el primero refiere a una incorporación del indio a la vida intelectual ya occidentalizada; el segundo demuestra que no andaban tan equivocados los primeros

misioneros en cuanto a la capacidad del indio para aprovechar los estudios superiores, pues se incorpora al segmento mencionado de la población novohispana a la producción de obras historiográficas, mismas que precisan de una sólida formación universitaria —en oposición a una mera formación de primeras letras—. Si bien es cierto que esto no se tradujo en la formación de un clero nativo, también lo es el hecho de que la capacidad del indio para aprovechar la educación superior acabó a fin de cuentas por manifestarse, aun cuando no pudo hacerlo durante los primeros cuatro años de vida del colegio, pues quizá era muy apresurado esperarlo así. A pesar de que el interés primordial de los frailes y las autoridades civil y eclesiástica no se focalizó en la posibilidad de servir de germen para la producción de obras historiográficas, visto el fenómeno a la luz de los tiempos, fue una realidad que se generó con el paso de los años (Vico, 1995).⁹ Por lo que respecta a los franciscanos, en su tesis de maestría, Josefina Flores señala (2004: 93):

Los franciscanos buscaban formar una élite indígena que no perdiera el comportamiento virtuoso que, en la política, había sido propio de sus antepasados y que, al mismo tiempo, se educara y comportara de acuerdo con las virtudes cristianas; de manera que, conjugadas, ambas formas de virtud terminarían por construir, en las personas de los indios, perfectos cristianos. Una élite así formada podía dedicarse al sacerdocio, a la traducción de obras de doctrina, a gobernar sus pueblos o a impartir justicia. La educación recibida en Tlatelolco sería, en cualquier caso, la garantía de comportamiento virtuoso que los frailes buscaban.

Lo que buscaban aquellos franciscanos se topó con una realidad que lo impidió apenas cuatro años de empezado el proyecto, según la opinión de su promotor más entusiasta, don fray Juan de Zumárraga. A partir de entonces, la corriente interpretativa que se produjo consistió precisamente en considerar que el Colegio de Tlatelolco fue un proyecto fallido, que se había adelantado a su tiempo. Sin embargo, aun cuando la desilusión de Zumárraga definió una constante historiográfica, los afanes de los demás franciscanos, de entre los cuales se cuenta el propio virrey Antonio de Mendoza, definieron otra, a saber, la que consiste en considerar al colegio como un proyecto útil y valioso en muchos sentidos, siempre que se consideren como objetivos principales, todos aquellos que no incluyan la creación del clero indígena. La misma Josefina Flores (2004: 117), escribe: “Es importante mencionar que ninguna de las fuentes que hablan de la fundación del colegio de Tlatelolco menciona que entre sus objetivos estuviera la formación de indios con miras al sacerdocio y sí mencionan explícitamente la intención de educar con otra mira”. Tal idea se basa en la carta de Zumárraga a Carlos V, en la que se muestra desilusionado por la poca disposición de los indios al celibato; lo cual demuestra la tesis de este artículo acerca de que la idea del fracaso del colegio se fundamenta en lo que opinó el obispo y a partir de ella se convierte en un sentir que estuvo presente en las obras historiográficas consultadas.

Si bien hay consenso historiográfico en el hecho de que el colegio fracasó en sus primeros años, también lo hay en aquel que señala que el proyecto continuó apoyado por un amplio sector franciscano durante todo el siglo XVI. Ahora bien, es preciso decir que esta supervivencia no era la misma a partir de 1540 que cuatro años atrás. Por un lado, es lógico pensar que, como proyecto original, duró pocos años, pero se alejó aún más de este en el siglo siguiente, lo cual da pie a pensar en que se fue apartando cada vez más del ideal de forma paulatina.

La pregunta es entonces: ¿bajo qué criterios se establecen los propósitos que definen a la empresa como un proyecto original? Una vez desplazado el criterio que se afianza en el objetivo de formar sacerdotes indígenas, queda la siguiente pregunta: ¿la formación de catequistas, gramáticos y traductores se llevó a cabo en el periodo que ya se ubica dentro de la época de crisis y declive? De ser así, el éxito en la formación de grandes personalidades de la intelectualidad novohispana indígena y mestiza, se considera un logro a pesar de desarrollarse entre altibajos; Kobayashi (1985) sostiene que incluso la tradición historiográfica indígena se genera en Tlatelolco, al menos como una posibilidad en el caso de que los historiadores indígenas —o mestizos—, hubiesen pasado por las aulas del colegio; por otro lado, Josefina Flores (2004) señala que, en apariencia, ningún cronista asistió al Colegio y que, de hecho, en su mayoría, la crónica indígena se escribió más allá del periodo de declive del proyecto de Tlatelolco.

Si los cuatro años que duró el proyecto original definieron la imposibilidad de conformar algo así como un clero indígena, dadas las condiciones que los franciscanos creyeron encontrar en los indios nobles,¹⁰

la desilusión que embargó a Zumárraga y que contagió a los historiadores posteriores del colegio, esboza los límites de un ideal apresurado y por ende frustrado bajo estos términos. Todo indica que, en cualquier caso, este fracaso tenía al menos dos protagonistas: los frailes franciscanos que malentendieron la naturaleza de la nobleza indígena y la misma nobleza nativa que no fue capaz de cumplir con las expectativas en ella depositadas.¹¹ Con todo, el franciscanismo novohispano fue vanguardista y la historia se lo reconoce, aun a pesar de que también señale que su avanzada fue mucho más allá de las condiciones históricas imperantes del siglo XVI, que mermaron su posible éxito en estricto sentido. Aún más, si se mira la fundación del Colegio como parte del proyecto de destrucción de las religiones prehispánicas, a decir de Kobayashi (1992), cobran mayor importancia las miras franciscanas para alcanzar ese fin.

CONCLUSIONES

La historia no puede desentenderse de su naturaleza eslabonada; todo hecho, vestigio o imagen del pasado encuentra su razón en la concatenación con otros elementos que compartan al menos ciertos rasgos en común. La educación en México, en toda su monumentalidad, tiene importantes eslabones en su configuración histórica. Es una necesidad apremiante encontrar las posibles relaciones que demuestren las preocupaciones constantes que originan y dan seguimiento a diversos hechos de diversos fragmentos del pasado. Así, la relación entre la Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco puede parecer disparatada en una primera mención. No lo es tanto, si se toman en consideración las representaciones que de una y otro se han realizado por importantes plumas de la historia de las ideas en México. El Colegio de Tlatelolco fue pensado para ofrecer instrucción superior (bajo los criterios de la época), la cual debía traducirse en la formación de un clero indígena que diera continuidad a un proyecto religioso, sí, pero que de manera adyacente también se erigiría como un proyecto de más largo alcance. Ya el filósofo mexicano de principios del siglo xx, Antonio Caso, señaló en su momento que las instituciones liberales deben mucho a las instituciones religiosas aunque sea difícil para aquellas admitirlo.

En los años en que el positivismo mexicano se acercaba a su época de mayor desgaste, Justo Sierra resucitó el proyecto de la Universidad Nacional y, aun en contra de la negativa de los viejos positivistas, acabó por fundarse en 1910 una institución con un origen religioso: la Real y Pontificia Universidad de México, inaugurada en 1553. La vena que sobrevive a todos estos avatares ideológicos es, sin duda alguna, la idea de educación. 1536, 1553 y 1910 forman tres eslabones importantes —aunque seguramente no los únicos— en los que es posible identificar el interés educativo de importantes personajes de la vida histórica del país, pero, sobre todo, de personajes trascendentes en el mundo de las ideas en México.

El caso de Tlatelolco es especialmente paradigmático, pues se trata de un espacio geográfico en el que han confluído diversos episodios del destino nacional. Entre los que pueden mencionarse está el aspecto político, que sitúa al céntrico colegio en el vórtice de las luchas de conquista militar y de los proyectos civilizatorios dirigidos a los indígenas que ahí parecían ser bastante más numerosos que en otros espacios. Así que fue un lugar que atestiguó la metamorfosis paulatina entre el pasado prehispánico y la incipiente incursión hispánica en nuevos territorios. Pero no solo eso; cuando las aguas de la violencia comenzaron a calmarse, los proyectos educativos ya podían sustituir —o al menos adherirse— a la mera política e imponerse como necesidades de primer orden. Tlatelolco dejó el protagonismo político pendiente de su importancia educativa. Es cierto que bien pronto terminó el sueño, pero lo sucedido es imborrable y queda para el escrutinio del historiador como huellas que ha de halar hacia otros fenómenos de índole educativa o de otro tipo.

Muchas otras cosas sucedieron en el espacio circunvecino de las ruinas del colegio; las más lamentables que puedan imaginarse en pleno siglo xx. Pero lo que parece más importante en el modesto contexto de estas líneas es que Tlatelolco y su colegio siguen siendo la representación de los graves problemas que acosan a esta nación: cuestiones relativas a la educación, ciertamente, pero conectadas con aspectos filosóficos e históricos profundos que se preguntan acerca de la dinámica de los mexicanos con respecto a su población

india y mestiza; con respecto a si la educación puede ser considerada una medida correctiva de los problemas nacionales y ontológicos de la estirpe mexicana y si su significado merece la pena ser atendido.

El proyecto de Tlatelolco, con todo y su aparente modestia —que se desvanecería considerando el hecho dentro de su momento histórico, del mismo modo que se reconocería a la Universidad Nacional de 1910 muy modesta con respecto a la actual—, no es sino un momento fundacional del decurso de la educación superior en México. La cuestión va más allá de discusiones acerca del carácter laico y religioso de una y otras instituciones, pues el punto de encuentro es, a fin de cuentas, el aspecto educativo que subyace en los tres proyectos. Aun actualmente puede plantearse la pregunta de si en efecto la población indígena tiene un acceso real a las instituciones de educación superior, pregunta que se conecta definitivamente con aquella otra que pone el dedo en la llaga de si en realidad la población indígena ha tenido alguna vez una voz académica en este país, o si la educación en sentido amplio ha tenido un impacto en los pueblos indígenas; o incluso, preguntarse si la propia población indígena —tan diversa como pueda concebirse al reducirla a un par de palabras— ha tenido impacto en las instituciones educativas o en la educación en general de este país.

Todas estas son preguntas que entrañan una gravedad alarmante desde todos los puntos de vista posibles: templos educativos antiguos y contemporáneos guardan todavía el secreto de estas cuestiones espinosas que, a fin de cuentas, también se relacionan con el sentido último que ha de tener el conocimiento en la vida de los hombres civilizados. El Colegio de Tlatelolco planteó estas problemáticas como un hecho histórico reconocible en toda su plenitud y ha suscitado una importante serie de representaciones sobre su sentido y significado que posiblemente continúe en el porvenir.

Si ha de considerarse como un fracaso, entonces es válido echar mano de los mismos criterios que en aquel entonces la declararon un fallo para así aplicarlos a escala en las diversas manifestaciones educativas que durante siglos se han sucedido en México. Y así llegar a los últimos tiempos en los que se pueden plantear las preguntas ya hechas líneas atrás, y declarar si las propias instituciones actuales no son la extensión de un fracaso parcial o total, según se hable desde el podio o desde la multitud. El pasado sigue acosando al presente, como lo ha hecho siempre, y del presente depende si ha de afrontarlo o rehuirlo con simpleza bajo ilusiones diversas como el progreso y la imitación gradual de modelos foráneos. Las preguntas quedan siempre abiertas.

REFERENCIAS

- Becerra, J. (1963). *La organización de los estudios en la Nueva España*. México: Cvltvra.
- Escalante, P. (2012). “La educación mexicana y los proyectos franciscanos para la educación de los indígenas en la Ciudad de México”. En Gonzalbo y Staples (coords.), *Historia de la educación en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Flores, J. (2004). *El personaje perdido: la nobleza indígena y el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco*. Tesis de Maestría en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- García Icazbalceta, J. (1947). *Don Fray Juan de Zumárraga. Primer obispo y arzobispo de México*. vol. 1, México: Biblioteca Histórica Iberoamericana.
- Gonzalbo, P. (1990). *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*. México: El Colegio de México.
- _____. (2013). *Educación, familia y vida cotidiana en el México virreinal*. México: El Colegio de México.
- Kobayashi, J. (1985). *La educación como conquista. Empresa franciscana en México*. México: El Colegio de México.
- _____. (1992). “La conquista educativa de los hijos de Asís” en Vázquez, J. (editora), *La educación en la historia de México*. México: El Colegio de México.
- Ricard, R. (1986). *La conquista espiritual de México*. México: FCE.
- Rubial, A. (1996). *La hermana pobreza. El franciscanismo de la Edad Media a la evangelización novohispana*. México: Facultad de Filosofía y Letras UNAM.
- Vico, G. (1995). *Ciencia nueva*. Madrid: Tecnos.

NOTAS

- 1 El Colegio se funda el 6 de enero de 1536 y en 1540 se produce la claudicación de su principal promotor, fray Juan de Zumárraga, quedando así desamparado y con necesidad de reorientarse. A lo anterior debe también sumarse el lamentable suceso del cacique Carlos de Texcoco, ajusticiado por su idolatría por el mismo Zumárraga en 1539, una muestra más del enfado del obispo por la idolatría indígena y su consecuente incapacidad para cristianizarse de veras. Incluso, de 1546 a 1566 el colegio dejó de ser dirigido por los franciscanos para quedar a cargo de los propios egresados.
- 2 Es preciso señalar que la idea de fracaso que se encuentra en Zumárraga no es la que propiamente se aborda en este artículo. Lo importante de la idea de fracaso o proyecto fallido es que es única y exclusivamente producto de una interpretación, resultado de una investigación histórica y, por ello, se ubica formalmente en García Icazbalceta y no definitivamente en Zumárraga.
- 3 Otras regiones de la Nueva España no compartían esta característica; y si bien, en todo caso, se concentraba una importante población indígena, la de Tlatelolco cumplía con los requisitos de nobleza que se exigían a los aspirantes a ocupar espacio en el colegio.
- 4 La fecha coincidió con una festividad india, la de la vocación de los gentiles a la fe, hecho que fue aprovechado por los fundadores del colegio.
- 5 Es de hecho Ricard quien tilda al proyecto del colegio de Tlatelolco, no de fracaso sino de un éxito parcial: “Por brillante que haya sido este buen resultado, era solamente parcial e incluía bajo un hermoso velo todo un fracaso: el Colegio de Santiago Tlatelolco no dio a los mexicanos un solo sacerdote de su raza. No era para formar solamente traductores, amanuenses y latinistas para lo que se había fundado: era también, y en primer término, para formar sacerdotes” (Ricard, 1986: 342).
- 6 Desde luego que la bibliografía sobre el tema es mucho más amplia. Los autores aquí consultados remiten a las obras de Fernando Ocaranza, Francisco Borgia Steck, Francisco Morales, Lino Gómez Canedo, Sonia Corcuera, todos ellos autores que, dadas las dimensiones de este trabajo, no se mencionan.
- 7 De hecho, la pugna entre franciscanos y dominicos acerca de la conveniencia o inconveniencia de acercar a los indios a los estudios terminó por persuadir al grupo franciscano que resolvió admitir que, en efecto, el indio no tenía la vocación para los altos estudios, pues el filtro que representaron la filosofía y la teología así lo demostraban.
- 8 Estos datos son, sin embargo, presumibles, pues existe polémica en cuanto a si en verdad estos personajes fueron alumnos de Tlatelolco.
- 9 Giambattista Vico, hacia mitad del siglo XVIII, llamaba “luz de los tiempos” a la perspectiva del historiador que se asoma a los sucesos pasados viéndolos ya de una forma distinta a como se verían desde una posición contemporánea a ellos.
- 10 Pablo Escalante escribe que las instituciones que encontraron los frailes en Tenochtitlan les parecieron suficientemente cercanas a las europeas como para considerar una incorporación directa y rápida, sobre todo en el grupo gobernante. “Si los informantes que explicaron esto a los españoles en el siglo XVI reflejan la opinión generalizada de los mexicanos sobre su sociedad, podemos concluir que la imagen de una nobleza sacrificada, piadosa, rigurosa y de vida ejemplar había sido exitosamente instalada en la mentalidad mexicana” (Escalante, 2012: 23). Más adelante señala: “Por otra parte, es lógico que un Estado de tipo teocrático –en el cual las autoridades supremas eran también oficiantes de la religión estatal, y en el cual la acción política y militar estaba vinculada siempre a la práctica religiosa- se ocupara con esmero de la formación religiosa del estrato dominante” (Escalante, 2012: 31).
- 11 La tesis de Josefina Flores es que la nobleza indígena atravesó por un proceso de decadencia por esos años que le alejaron considerablemente de la imagen que de ella se forjaron los franciscanos. “La nobleza india no participó por completo de la idea franciscana de una república de indios; es decir, que no se constituyó a sí misma como líder de su propia comunidad, y tristemente, exceptuando algunos casos, no parece demasiado dispuesta a defender otros intereses que no sean los de permanecer en un lugar de privilegio. A fin de cuentas, derrotada militarmente, convertida a otra fe, también fue derrotada en el mundo de la política y, en este proceso, demostró que la existencia de la nobleza, sea india o no, se relaciona únicamente con el ejercicio del poder” (Flores, 2004: 151). Al respecto, y contra lo que la autora antes citada señala, Ricard (1986) propuso que, en efecto, gran parte de la responsabilidad del famoso fracaso se hallaba en los mismos franciscanos que no eligieron bien a la población que estudiaría en el colegio y fueron demasiado restrictivos al discriminar a los indios no nobles (macehuales) y a los probables indios seleccionados por los agustinos. Esto último, desde la presente investigación, puede reducirse al mismo argumento señalado por Flores: tanto el franciscano eligió mal —o al menos precipitadamente— como la nobleza indígena no estaba lista ni era la mejor en quien se pusiera en marcha el proyecto, por las razones que fueren.

CC BY-NC